

Su muerte fue la del justo; sus funerales un triunfo. Ha quedado su imagen en la memoria de los que lo trataron y se ha transmitido a la mente de los que no tuvimos la dicha de verlo ni de oírlo.

Un sacerdote joven, el presbítero Teodoro Rosas Castro, decía una vez que estuvimos en Bogotá:

«Mientras que los demás colombianos finados viven en el entendimiento de la posteridad, CARRASQUILLA mora en el corazón de las generaciones nuevas. A otros hombres pretéritos se les conoce antes de amarlos. Yo aprendí a querer a don RICARDO antes de conocerlo.»

Nos adherimos a este concepto, sin reserva.

(De *Horizontes* de Bucaramanga, enero 1.º de 1916)

---

## EL REVERENDO PADRE RAFAEL ALMANSA

Oración pronunciada con motivo de su jubileo sacerdotal, en la iglesia de San Diego

---

Hoy es día de regocijo para los sacerdotes y para los demás habitantes de esta católica ciudad, sin diferencia de edades, condiciones y humanos pareceres, porque estamos festejando las bodas de oro de un amigo, un consolador, un padre, y nos hemos congregado para ello en este sacro recinto, última reliquia de tiempos que fueron y que no volverán nunca. Los que nacimos en la antigua Bogotá, llena todavía de monumentos, de recuerdos y costumbres de la vieja Santafé, necesitamos a tiempos huir del tráfico y bullicio ciudadanos, reposar de la in-

cesante lucha contra las propias y las ajenas flaquezas, respirar el aire de la ya remota infancia y descansar, siquiera por una hora de la civilización moderna. Y no porque reneguemos de la cultura y el progreso a que cada uno de nosotros contribuye gustoso a la medida de sus fuerzas; ni porque maldigamos la época en que la Providencia de Dios nos hizo nacer; sino porque es tan triste verse úno en los umbrales de la vejez en medio de un mundo donde todo se remoja y hierve con calor de juventud; porque son tan dulces las memorias de las dichas pasadas; porque, como dice el poeta:

Siempre a nuestro parecer  
Cualquier tiempo pasado  
Fue mejor.

Por eso, a la caída de la tarde, nos venimos por la avenida más bulliciosa y frecuentada, contemplando, a través de los árboles, las dos largas filas de elegantes habitaciones novísimas, entre el ruido de las campanillas de los tranvías eléctricos, el resoplar de los automóviles, el sonar de las herraduras de los caballos, el parloteo de los paseantes, los gritos de los vendedores de periódicos. Al extremo de la vía, torcemos a la izquierda; medio minuto después a la derecha, y al pisar la plazuela delantera de esta iglesita, nos hallamos a veinte pasos de la capital; pero a dos siglos de distancia de ella. Aquellas lastras mal unidas del pavimento, el inculdo jardinillo, la cruz sobre su ancho

y 'desportillado pedestal de piedra ennegrecida, y la fachada de San Diego, que recuerda las ermitas de las montañas asturianas: todo es de luengas edades; todo semeja, a los jóvenes, fábrica de remotísimas tierras.

Traspasa úno el umbral, y se halla en el vestíbulo que da entrada a las dos naves paralelas y comunicadas entre sí: ésta en que me hallo y es la iglesia conventual; la de la derecha, que es la capilla de Nuestra Señora del Campo. Todo es aquí vetusto, pero artístico y adornado y limpio. En el retablo tallado del altar mayor está Jesucristo, Amo nuestro, vivo y verdadero en el Sacramento de su amor. En el hondo silencio vespertino, oye el alma la voz del Maestro, que le dice desde el fondo del sagrario: «Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados y yo os aliviaré!» Llega la hora del crepúsculo, la iglesia queda alumbrada escasamente por la temblorosa lamparilla, y el espíritu finge hallarse en alguna de las capillas subterráneas de la primitiva Roma cristiana; ilusión voluntaria que se acrecienta con aquella estatua yacente de cera que guarda los huesos de un santo, vestida con los ricos arreos de los mancebos romanos ingenuos, y con una ancha herida en el cuello, abierta por la cuchilla del verdugo; y la vista de la losa de mármol que cerraba, en las catacumbas, el sepulcro del mártir, y en que se lee el nombre de Victorio, entre las palmas del triunfo; y la ampo-

lleta que guarda la sangre del confesor de Cristo; patente todo al resplandor de las candelas que enciende ante las sacras reliquias la piedad confiada de los fieles devotos.

Allí está el santuario de Nuestra Señora del Campo, guardiana de la ciudad, renovada con providenciales portentos, querida de los bogotanos, enriquecida en otros tiempos, por la generosidad de nuestros padres. Evócanse allí tantas memorias de antaño! Imagina úno, prostrado ante el camarín de la Virgen, al oidor don Juan Ortiz de Cervantes, fundador de la capilla, con su negra toga y escarolada gorguera; fíngese que, entre apiñado concurso se abre paso para llegar al púlpito un fraile, no viejo todavía, de rostro pálido y ascético, andares de príncipe bajo el hábito de color de ceniza. Va a estrenarse en el ministerio de la predicación, y ha querido que su ensayo primero sea el panegírico de Nuestra Señora del Campo. Llámalo en el convento Fray José; antes era el Excelentísimo señor don José Solís Folch de Cardona, grande de España, caballero de Santiago, favorito del Monarca, Virrey del Nuevo Reino de Granada. Medio siglo después está diciendo misa en el altar de la Señora el padre Ley, el don Angel de la romántica leyenda santafereña, o el padre Tena, que había combatido como soldado de caballería en Junín y en Ayacucho. Mientras tanto, sale de la iglesia el padre Ramón—nunca le supe el apellido—el manso y

humilde limosnero del convento. Un día, se produjo, frente a la iglesia de las Nieves, una riña tumultuosa; ya los contendientes habían pasado de los denuestos a los golpes, de éstos a las heridas, cuando acertó a pasar por allí el padre Ramón. Penetró por entre el apiñado gentío al centro de la lucha, cayó de rodillas, puso las manos y clamó: «Hermanos, por amor de Dios, guarden la páz!» Al punto, a la tempestad sucedió la calma; a la ira, la vergüenza; a la vocería, un religioso silencio, y cada uno de los concurrentes regresó tranquilo a su casa. Unos minutos después, no se oía en la ancha carrera sino un grito intermitente y solitario: «Hermanos! Una limosna para el culto de Nuestra Señora del Campo!»

A las memorias dichas, comunes a todos los bogotanos creyentes, se agregan las propias y personales de cada uno de los que hemos cumplido medio siglo. Véome en los días ya remotos de la primera infancia; a mi padre que me trae el dos de julio a la romería de la Virgen; oigo las campanitas de la iglesia echadas a vuelo; el són monótono pero grato de los tamboriles y chirimías con que las cuadrillas de indios labradores de la Sabana festejan a la que es rosa de Sarón, lirio de los valles, azucena del campo. El altar de la Reina está radiante de flores y de cirios, trasciende el ambiente a perfume de incienso y aroma de claveles; el organillo del coro preludia una sonata religiosa.

Me arrodillo al pie de las gradas del presbiterio sobre las tumbas de mis bisabuelos, que cubre una losa sin labrar con una inscripción medio borrada, y rezo una salve a la Virgen. Salgo de la iglesia, y recorro los blancos toldos, adornados de gallardetes y cintas de colores, regados en la esplanada que es hoy Parque del Centenario y entonces era una pradera tapizada de grama, y colmados de viandas y frescos. En el extremo de la plazuela, unos chicuelos están encumbrando una cometa.

Pensaréis acaso, hermanos míos, que estos cuadros son indignos de la ocasión que nos ha reunido y del auditorio ilustre que me escucha. Los hijos de Jacob, llevados al cautiverio de Babilonia, recordaban a Jerusalén, aun en los pormenores más nimios y caseros; y los Profetas, por inspiración divina, nos dejaron aquellos lamentos consignados en los Sagrados Libros. Si era lícito a los judíos echar menos, en presencia del Señor y de la posteridad, la patria ausente, ¿por qué no he de llorar, delante de Dios y de vosotros los años de mi inocencia perdida?

De los pies de Jesús Sacramentado pasamos, por las tardes, a la casita aledaña al santuario, chica y humilde como el pesebre de Belén, pobre como el taller de Nazaret. Allí mora un sacerdote formado en la escuela de San Francisco de Asís. Y, por designio providencial, se han compenetrado de tál suerte el

santuario y su guardián, que no concebimos esta iglesia sin el capellán que ahora tiene, ni nos conformaríamos con verlo desempeñar su papel en escenario diferente.

Desearía yo que esta iglesia y su capellán se conservasen como están por años y por siglos, y no por afición a lo antiguo, sino precisamente por amor al progreso, porque el adelante se funda en la tradición, como los palacios en los sillares del cimiento, y una nación sin monumentos de otras edades, sin historia y sin leyendas, sin costumbres heredadas es casa edificada sobre arena. La patria presente es cosa demasiado concreta y tangible para despertar los ideales sublimes y llevar a los hombres al heroísmo y al sacrificio voluntario. Inglaterra debe en mucha parte su grandeza y su avance portentoso a la conservación de sus antiguos usos; y Alemania, sin sus castillos, sus universidades medioevales, sus fantásticas historias no tendría millones de hijos que no vacilan en morir por ella. Refieren que un millonario americano mostró su habitación de la quinta avenida de Nueva York a un aristócrata francés de cepa legitimista. ¿Qué le falta para ser en todo igual a los antiguos castillos de Francia? Le faltan, repuso el otro, las rayas hechas por las espuelas de Godofredo y de Bayardo en los peldaños de la escalera. No borremos las rayas que trazaron Quesada y Belalcázar; no toquemos el altar ante el cual vistió Solís el sayal francis-

cano; yo conservaré intacta, mientras me sea dado, la escalera por donde bajó Caldas al patíbulo. Guardadas con amor las glorias de antaño, nos haremos respetar aun de naciones más avanzadas que la nuestra, y vuestros hijos sabrán verter su sangre cuando el deber y la patria se lo exijan.

¿Qué vamos a solicitar y hallamos a manos llenas en aquel escondido albergue? Paz, de la que nos trajo el Salvador y no puede dar el mundo, paz del alma después de los rudos combates cotidianos; pobreza evangélica, en medio de la avaricia y el lujo que están asfixiando a las sociedades modernas; humildad, en el ambiente de soberbia que nos ahoga; amor, cuando nos tienen sordos los clamores del odio y la envidia; consuelo eficaz, que suele consistir no en palabras, sino en un ademán y una sonrisa; consejo atinado no aprendido en los libros, sino en las intimidades con Dios al pie del crucifijo o delante del sagrario; perdón, al fin de la semana, por las negligencias y culpas cometidas durante ella. Y yo vengo a buscar todavía otra cosa: la perfecta cortesía, que es la que no se advierte, como no sentimos el aire que respiramos; la que no tiene sabor, como no lo tiene el agua pura de la fuente; y aquellas delicadezas exquisitas de porte que son las flores de la caridad cuando esa planta celestial se siembra en naturalezas selectas. Los buenos servidores de Cristo tienen rasgos de discreción

y gentileza que los asemejan a los príncipes; y yo no lo extraño, ni me asombro de ello, porque recuerdo que servir a Dios es reinar.

Todo lo dicho lo hallan allí el rico y el pobre, el inteligente y el rudo, el sabio y el ignorante, grandes y pequeños, creyentes e incrédulos, justos y pecadores. ¿Por qué? Porque aquel varón es sacerdote, ministro de Dios hecho hombre, nacido en un pesebre, muerto en cruz; maestro que, con ser la Sabiduría infinita; se puso al nivel intelectual de los pescadores galileos, aceptó el título de amigo de los pecadores que los fariseos le daban por escarnio, perdonó a Magdalena y regaló el paraíso al ladrón arrepentido. Porque el sacerdote se educó en el espíritu de San Francisco, el fiel imitador de Cristo, el esposo de la santa pobreza, el que amaba en Dios no sólo a sus prójimos, sino a todas las hechuras de las divinas manos: a los brutos y a las plantas y aun a las criaturas inanimadas; el único que llevará en el cielo, después de la resurrección, impresas en su cuerpo las gloriosas llagas de Cristo.

No se entienda, al oír que nuestro capellán es, a semejanza de Cristo, amigo de los pecadores y extraviados, que él condescienda nunca con el error y el vicio. Eso, jamás! De lo macizo e ilustrado de su fe dan cuenta sus obras; de su aborrecimiento al pecado, la vida de austeridad y privaciones. Ni podría ser de otra manera. El Salvador del mundo que, por ser Dios,

es santidad infinita, odia la maldad con infinito aborrecimiento. Recordad algunas de sus palabras: «Quién quebrantare el menor de mis preceptos, ese será mínimo en el Reino de los cielos.» «El que dijere a su hermano *fatuo* es reo del fuego del infierno.» «¡Ay de aquel por quien viene el escándalo! Más le valiera que le ataran una piedra de molino al cuello y lo arrojaran a lo profundo del mar.» «¡Desgraciados de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, raza de vívoras, sepulcros blanqueados!» La Iglesia católica tiene, entre otras, dos pruebas intrínsecas de su divinidad: la intolerancia con el error y el delito, la caridad maternal con los que yerran y delinquen.

Muchas veces, al salir de aquí, me he preguntado: ¿por qué no me apodero de la tranquilidad y alegría que siento y me las llevo conmigo? Al fin y al cabo, de San Diego no están desterrados los dolores y enfermedades; hállanse pobreza y escaseces; el trabajo del ministerio es duro e incesante; hay que llevar en paciencia, como en pocas partes, las adversidades y flaquezas del prójimo; y ni siquiera falta la ingratitud de algunos de los más favorecidos. Luego los dones de Dios no están vinculados a las paredes de este recinto. Un día, los apóstoles le preguntaron al Redentor cuándo pensaba fundar su reinado en la tierra, y El les respondió: «El reino de Dios está dentro de vosotros.» Cosa semejante puede decirse de la

felicidad que cabe en el destierro, en el valle de lágrimas: ella no viene de fuera y se marcha de la mañana a la tarde, como las flores con que se adornan los salones, sino que brota del alma y se arraiga en ella, como nacen de la tierra y en ella crecen y perduran las margaritas y violetas de los prados.

La semilla de la felicidad está en una doctrina de Cristo que es principio del sermón de la montaña: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos»; y San Pablo nos enseña que el reino de Dios «es justicia, y paz y gozo en el Espíritu Santo.» «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.» ¿De qué manera? «Como señores de sí mismos,» nos responde el catecismo de la doctrina cristiana. No hay dicha mayor para el hombre que la de poseer lo que más ama; y el mayor afecto terreno de nuestro corazón es el que nos profesamos a nosotros mismos. Además, los mansos se adueñan de las ajenas voluntades. Puede el varón constante romper todos los yugos, menos el que se le impone por la humildad y la dulzura. En seguida Cristo promete consuelos, saciedad, misericordia a los que lloran, a los que han hambre y sed de justicia, a los misericordiosos; la vista de Dios a los limpios de corazón, el título de hijos suyos a los pacíficos, la gloria sin fin a los que padecen persecución por la justicia. Todas estas bienaventuranzas a

una sola se reducen: a querer y cumplir la voluntad divina aquí en la tierra, así como se conforman a ella los ángeles y los santos en el cielo. Nada sucede, con excepción del pecado, sin el querer supremo, ni aun la muerte de un pajarillo, ni el movimiento de las hojas, ni la caída de un cabello de nuestras cabezas; y a quien ajusta su voluntad a la de Dios todo le resulta a la medida de sus deseos, que es la mayor felicidad que concebirse puede. Con razón que los buenos cristianos puedan clamar con el apóstol: «Sobreabundo de gozo en medio de las tribulaciones!»

No he pronunciado las deshilvanadas frases precedentes en nombre del clero y de los fieles, porque no he recibido comisión de hacerlo, ni tengo de por mí ninguna autoridad para tanto. Mis palabras son el débil homenaje personal de veneración y cariño que tributo al Reverendo Padre RAFAEL ALMANSA con motivo de su jubileo sacerdotal. Bien sabe él, aun sin que yo se lo diga, cuánto le quiero; así como conozco el afecto que me profesa y que me ha declarado muchas veces con la elocuencia de las obras. Réstame pedir a Nuestro Amo Sacramentado, por intercesión de Nuestra Señora del Campo, que conserve por largos años la vida de su siervo, para alegría de esta ciudad de Bogotá que lo vio nacer, para solaz de sus amigos, alivio de los afligidos y de los pecadores, y que, finalmente le conceda la coro-

na de justicia prometida por el Salvador a los que le dieron de comer cuando tuvo hambre, lo visitaron enfermo y encarcelado, le consolaron triste, le ayudaron a levantarse cuando cayó bajo el peso de la cruz; la corona de los mansos y humildes, que poseerán la tierra de los vivos, la celestial Jerusalén. *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram!*

Bogotá, 28 de mayo de 1916.

R. M. CARRASQUILLA  
Prelado Doméstico de Su Santidad.

## EXISTENCIA DE DIOS

(Continuación)

V—El fundamento de las verdades necesarias, exige la existencia de Dios, pues como dice Vallet, hay algunas verdades necesarias y absolutas; tales como *lo que es, es; lo que empieza a ser, tiene causa*. Cosa semejante se dice de la esencia de las cosas. Las verdades necesarias como las cosas contingentes, deben tener su razón suficiente; pero esa razón no la tienen en *sí mismas*, porque son ideales y es necesario que residan en algún entendimiento; ni en las *cosas externas*, que son meramente contingentes; ni en el *entendimiento del hombre*, que es mensurado por ellas y porque de ellas recibe la regla y la norma de sus juicios. Luego necesariamente tenemos que llegar a un entendimiento necesario, y por consiguiente a un ente subsistente por sí mismo, en el cual tengan las verdades necesarias su fundamento o razón suficiente y este no puede ser otro que Dios. Por tanto, el fundamento de las verdades necesarias exige la existencia de Dios.